
ULTIMAS HORAS DEL IMPERIO

I

La verdadera causa de la caída del Imperio Mexicano es desconocida. — La traición de López fué una de las consecuencias de la del general Márquez. — Origen de este libro.

La causa principal del desenlace, que de una manera sangrienta terminó el drama trágico del Imperio de Maximiliano, es generalmente desconocida y casi ignorada de la opinión pública, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Mundo.

Favorecidas por las espesas tinieblas en que está envuelta la verdad, la traición y la venganza se descubren ellas mismas y se ponen en exhibición sin sonrojarse. Se lisonjean en vano con que los hechos acabarán por perder para siempre su verdadera fisonomía. De la escena final de la heroica defensa de Querétaro, adonde el Emperador Maximiliano adquirió una gloria militar que nada puede empañar, no se conoce sino la traición de López, de ese desgraciado, cuyo nombre, tristemente célebre, no podrá pronunciarse entre todos los pueblos civilizados sino con una

expresión de horror (a). Pero esa traición tan terrible como inesperada, no es sino uno de los resultados de la del general Márquez, verdadera causa de la caída del Imperio, y más que nadie

[a] El coronel Miguel López se ha reivindicado del todo del dictado de traidor á Maximiliano, su amigo y compadre, y aparece ahora en la conciencia de la Nación como un martir de su cariño, gratitud y lealtad á éste. Tenía honda fe en la justicia que le haría el porvenir y por esto escribía en su defensa titulada *La Toma de Querétaro*, que vió la luz el 13 de Noviembre de 1867:

“Entre tanto, levanto mi frente muy alta para decir á mis acusadores y al mundo todo, QUE TENGO EN MI PODER UNA PRUEBA SOLEMNE, IRRECUSABLE, SAGRADA, DE MI INOCENCIA, que no debo exponer á las habillitas vulgares; pero que presentaré donde y cuando sea conveniente, y ante ella tendrán que descubrirse con respeto y confesar mi inocencia cuantos hasta ahora la han atacado, llevando su insolencia hasta suponer que el Emperador mismo me acusaba. Mientras ese momento llega, no volveré á escribir ni una línea más.”

Ese ansiado momento llegó ya, pero después de trece años de dormir el sueño eterno el coronel Miguel López: falleció de neumonía el 26 de Abril de 1891 en la casa número 1 de la 1ª calle de Hidalgo.

La prueba solemne es un documento de puño y letra de Maximiliano, que dice:

“Mi querido coronel López.—Os recomendamos guardar profundo sigilo sobre la comisión que para el general Escobedo os encargamos, pues si se divulga quedará mancillado nuestro honor.—Vuestro afectísimo—Maximiliano.”

Está escrito este documento en una tira de papel. El coronel López lo guardaba cuidadosamente en una gaveta secreta de la estantería de su despacho y fui yo una de las primeras personas que lo conocí.

responsable ante la historia de la muerte de Maximiliano. La sangre del infortunado príncipe gritará siempre contra él y caerá sobre su memoria, como cae sobre el verdugo ó sobre el asesino la sangre de las víctimas que inmolan.

A fines de Junio de 1887, el coronel López puso en manos del general Escobedo, á solicitud de éste, el documento, previo recibo que firmamos, por haberlo querido así el interesado, el Lic. Ignacio M. Altamirano, el general José Montesinos y yo. El recibo está en poder de la familia del coronel López, que reside en la ciudad de Puebla.

Un hecho singular ha acontecido, después de 36 años transcurridos de la entrega de la plaza de Querétaro por Maximiliano: la Junta de auténticas del Ministerio de Guerra acaba de declarar por unanimidad que el documento es falsificado; pero uno de los vocales de la Junta, el más ilustrado y competente, el general Jesús Lalanne, afirma con acopio formidable de pruebas que el falsificador fué el mismo Maximiliano, quien ahora aparece, no sólo como traidor á su partido, sino que también como traidor á su amigo más cariñoso y grato y á su partidario más leal: al coronel Miguel López.

Componen la Junta de auténticas los generales, de división, Ignacio Escudero; de brigada, Jesús Lalanne, Dorotheo López y Alberto Escobar; brigadier Ignacio Salas; coroneles, Gustavo Maffs y Rafael Dávila, y mayor Andrés Mateos. La Junta, al hacer esa declaración, estuvo presidida por el general Bernardo Reyes, cuando era Ministro de Guerra.

No se comprende el interés y la festinación con que el general Reyes obró en este caso para amenguar la grandeza de la Patria, del partido liberal y de Juárez, y la memoria de uno de los jefes más prestigiosos del Ejército, del general Mariano Escobedo, á quien respetó y agasajó en vida. [Nota de A. P.]

Cuando nos resolvimos á escribir la historia de la defensa de Querétaro, para cumplir los últimos deseos del Emperador y del general Miramón, para rendir al mismo tiempo un homenaje á la verdad, nos propusimos guardar un silencio absoluto sobre los acontecimientos que derrocaron el trono de México, hasta el momento en que pudiéramos someter el conjunto á la opinión pública en un cuadro completo, ilustrado con pruebas auténticas y solemnes, cuya existencia todavía es ignorada de todos; pero que con una previsión laudable el Emperador Maximiliano legó á la posteridad. Esas pruebas atestiguan que ese príncipe, al caer del trono, supo elevarse más alto que antes de haber tenido que sufrir la venganza de sus enemigos.

Márquez, embarcado con toda seguridad en Veracruz por Porfirio Díaz, durante la permanencia de este último en ese puerto para organizar la expedición á Yucatán, ha fingido evadirse (a); además, ha asegurado falsamente que poseía car-

[a] Respecto á esto, accediendo á súplica que le hicimos, nos ha dicho lo que sigue el general D. Porfirio Díaz:

“Si bien yo me encontraba en Veracruz cuando se embarcó Márquez, esto no lo supe sino cuatro años después, que me lo refirió D. Jorge de la Serna, al decirme que él fué quien protegió su viaje.”

El general D. Jesús Lalanne afirma lo que sigue acerca del mismo punto:

“Márquez se embarcó con toda seguridad en Veracruz, no por Porfirio Díaz, sino por D. Jorge de la Serna, banquero y comerciante, en cuya casa se había refugiado Márquez, por ser entonces el señor de la Serna el jefe del

tas de Maximiliano, que le ordenaban no volver á Querétaro y mantener la capital (1). Estas dos circunstancias nos obligan á romper inmediatamente el silencio para bosquejar rápidamente la historia de la traición de Márquez. Ese es el principal y verdadero objeto de este libro.

partido liberal en aquel puerto. Esto me lo dijo su misma familia.”

Según datos que hemos recogido de fuente fidedigna, Márquez se escondió en la casa de un anciano, cuya firmeza de ideas conservadoras estaba á toda prueba. Márquez vivía á la caída de la plaza de México, en la calle de la Acequia, casa de Loperena. Allí llegó, el último día del Imperio, y le dijo á su madre, á quien adoraba como á Dios:

—Madre, acabó todo; aquí estoy: échame tu bendición.

El día que se publicó el decreto que rezaba que todo el que ocultase á alguno de los generales imperialistas, no siendo padre, hijo ó hermano, sufriría la pena de seis meses á dos años de prisión; entonces se aterrorizó la persona que ocultaba á Márquez y le dijo:

—Señor, ¿qué hago?

—No tenga usted cuidado; no lo comprometeré. Hágame usted favor de ir por Peralvillo á ver cómo se encuentra aquello.

Con esto, el anciano vió abiertas las puertas del cielo y observó por allí gran movimiento de transeuntes y supo que había soldados en la iglesia de los Angeles, porque la policía buscaba á Márquez. El anciano dió la noticia á éste, quien en la noche, no teniendo confianza más que en

(1) Cartas de la Habana nos han dado á conocer esta nueva torpeza de Márquez. Hemos sabido, además, que el abogado Lacunza iba á escribir un manifiesto por orden suya. Como López intentó justificarse ante la opinión pública, no sería extraño que Márquez le imitase.

II

La traición del general Márquez fué una venganza premeditada.—Influjo de este general durante la Intervención francesa.—Importancia de su triunfo en Morelia.

Para mejor apreciar el hecho horrible, cuyos detalles vamos á revelar, es necesario que recordemos algunas de las circunstancias preliminares que motivaron la venganza del general Márquez. Durante ocho meses obedeció al sentimiento que le impulsaba á traicionar, preparando un plan, puesto después en ejecución con una sangre fría y una firmeza que espantan.

su familia, dejó su escondrijo y en compañía de su madre y sus hermanas, con quienes iba del brazo, se dirigió á una casa de la calle de San Miguel, la cual había sido alquilada de antemano por una tercera persona para exclusivo escondrijo de Márquez.

En la calle toparon con tropa y Márquez impasible continuó su camino.

Después de seis meses, cierta tarde, á las cuatro, salió de la ciudad, disfrazado de arriero. Le acompañaba un individuo. En la calzada de la Villa de Guadalupe se encontraron con cuatro soldados, á quienes aparentaron no hacerles caso. Transcurridos algunos días de camino, una mañana, á punto de llegar á una gran barranca, vieron venir tropa del otro lado. El acompañante de Márquez, asustado, indicando una vereda, prorrumpió.

—Nos desviaremos por aquí.

Después de la ruptura de la convención de Londres, el gobierno francés resolvió intervenir solo en México. Sus fuerzas, que habían penetrado hasta Puebla, se vieron obligadas á retroceder hasta Orizaba á consecuencia del desastre que sufrieron el 5 de Mayo de 1862 en el ataque

Y Márquez dijo:

—No, de ninguna manera, porque ya nos vieron. Ahora no hay más que seguir adelante.

La tropa y Márquez se cruzaron en el fondo de la barranca. Adiós, amigos—pasaban diciendo uno que otro soldado á Márquez y su acompañante. Y los dos ellos iban contestando: adiós, amigo.

A su llegada á Veracruz, á la una de la tarde, después de dieciséis días de penalidades sin cuento, Márquez se le presentó á Don Jorge de la Serna, quien afortunadamente se encontraba solo en su tienda, porque los dependientes habían ido á comer. Márquez, todavía en traje de arriero, le saludó y puso en sus manos una carlita de cierta señorona de México. *La mujer de Juan José Baez*

Cuando el Sr. de la Serna leyó el nombre de Márquez, quedóse despavorido, mirando de pies á cabeza al arriero.

—Pero, ¿usted es el general Márquez?—le preguntó.

—Sí, señor—contestó Márquez.

—Oiga usted—le dijo el Sr. de la Serna, viendo por todos lados, para cerciorarse de que aun no llegaba nadie—yo no puedo tenerle aquí; pero, ¿conoce usted á la familia ***?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted confianza en ella?

—Sí, señor.

—Pues vive allí en frente. Vamos allá.

Márquez estuvo en una pieza en la que no entraba mas que de cuando en cuando uno de los miembros de la familia de la casa, para ver qué se le ofrecía.

del fuerte de Guadalupe. El general de Lorencez acababa de dirigir ese movimiento de retirada, cuando Márquez se declaró por la Intervención francesa, al frente de tres mil hombres de tropas conservadoras (a). Ese paso decisivo ejerció grande influjo sobre el destino futuro de México.

El general Porfirio Díaz, á su arribo á Veracruz, fué festejado y ovacionado en la casa de don Jorge de la Serna. Márquez, pues, fué testigo auditivo de la gran manifestación popular que se le hizo al caudillo del 2 de Abril.

Transcurridos algunos días, mandó comprar un traje azul y un sombrero corriente y se rasuró. Serían las cinco de la tarde, cuando salió de la casa, en compañía de una persona, en dirección al muelle. A poco andar, vieron venir á un grupo de gente.

—¿Qué hacemos?—le preguntó su acompañante.

[a] Dice el general José María Cobos en su *Manifiesto á la República Mexicana*, el año 1862:

“Márquez, sin examinar los propósitos de Almonte, sin apoyarse en seguridades que salvaran, cuando menos, su nombre ante la nación, y cuidándose bien poco del decoro de su patria, corre como fugitivo á ponerse al lado de los franceses rechazados en Puebla, trayendo con engaño dos brigadas de caballería, cuya formación nada le debía.

“Aun me quedaban fieles algunos cuerpos de esa arma que no pudo arrollar el Sr. Márquez, y toda la infantería, artillería y trenes acantonados en Chietla.”

Esto aconteció en Atlixco el 12 de Mayo de 1862.

Márquez en esta ocasión dijo á Cobos:—Solo deseo la salvación de mi patria.

Y Cobos le contestó:—Es muy singular ir á buscar la salvación de la patria al lado de sus invasores y á las órdenes de Almonte, súbdito de Maximiliano. [*Nota de A. P.*]

Hasta entonces el país se había abstenido de tomar parte en esa empresa regeneradora; pero desde el momento en que Márquez y sus tropas aceptaron la Intervención, ésta adquirió una gran fuerza moral y el porvenir fué preparado según los deseos de la mayoría de la Nación. Cuando el cuerpo expedicionario penetró nuevamente en el interior, la Intervención fué aceptada y el Imperio

—Seguir adelante. Creo que son unos muchachos—dijo Márquez.

Codeándose con el grupo de gente pasaron Márquez y su acompañante.

En el muelle, inminente fué el peligro y asombrosa la sangre fría de Márquez. Había paseantes y militares, sobresaliendo la figura del general Díaz. Márquez pasó como á quince pasos de éste, que, rodeado de jefes y oficiales, entre ellos el general Alatorre, conversaba con don Jorge de la Serna, con interés sumo, acerca de la contrata de una embarcación y de su capacidad, su seguridad y velocidad y de las reformas que podía hacérsele para que se condujera el mayor número de soldados á Yucatán.

Márquez no se embarcó de pronto, para no infundir sospechas. Paseóse un momento; se le indicó sigilosamente cual era la lancha que debía llevarle hasta el buque en que tomaría pasaje; y después, transcurridos unos minutos que fueron siglos, se metió en la lancha, la cual hizose luego á la mar, sin que nadie, mas que su acompañante y don Jorge de la Serna, supiera que ese día el general Márquez se alejaba de México.

Tenta pensado partir á la Habana; pero la llegada de las tropas republicanas á Veracruz le cambiaron de propósito y tuvo que tomar pasaje para Nueva York.

Su salvación la debió únicamente á la impassibilidad pasmosa que le acompañó siempre durante su vida militar y de cuya bondad abusó. [*Nota de A. P.*]

proclamado, y, al mismo tiempo, hombres de todos los colores políticos se agruparon alrededor del nuevo orden de cosas. Así, pues, el general Márquez ejerció un influjo extraordinario á favor de la Intervención francesa y sobre su resultado inmediato, que fué el restablecimiento de la monarquía.

El cuerpo expedicionario, considerablemente aumentado, avanzó primero hasta la capital de México, adonde se proclamó el Imperio. Algunos días después, el general Bazaine emprendió sus operaciones militares en el interior del país.

El centro estaba compuesto de tropas francesas; los flancos, de tropas mexicanas á las órdenes de los generales Márquez y Mejía. El primero ocupó á Morelia, punto sobre el cual el general Uruga dirigió un cuerpo de tropas considerable, y adonde poco faltó al naciente Imperio mexicano para desaparecer ante el impulso de las armas republicanas vigorosamente lanzadas contra esa plaza el 18 de Diciembre de 1863. Márquez rechazó con valor el choque del enemigo; salió herido en el combate, pero conjuró el peligro que amenazaba derrocar el nuevo trono al día siguiente á aquel en que se había erigido (a).

[a] He aquí uno de los partes acerca de esa acción y en el cual hay alguna que otra inexactitud:

“Prefectura Política de Michoacán.—Morelia, 18 de Diciembre de 1863.—Desde el día 11 del actual comenzaron á recibirse noticias de que los enemigos del orden trataban de atacar esta plaza, sirviendo de apoyo á la veracidad de tales anuncios la marcha de diversas fuerzas y

III

Primer error político de Maximiliano.—El Ministerio se ocupa en satisfacer venganzas.—Se encarga al general Márquez una misión en el exterior.

Seis meses habían pasado apenas, después de la memorable defensa de Morelia, cuando Maximiliano hizo su entrada solemne en México, aclamado con entusiasmo por una sociedad desquiciada, como el regenerador que iba á libertarla de la anarquía. Entonces fué cuando se cometió un error, cuyos resultados fueron desastrosos, por diferentes puntos hacia esta Ciudad. Inmediatamente dicté por mi parte las providencias que creí oportunas, poniendo exploradores y mandando extraordinarios con los avisos respectivos al Exmo. Sr. General Bazaine. Las noticias continuaron recibiendo con alguna variedad y entre tanto se dió publicidad á la disposición del Exmo. Sr. General Bazaine, declarando vigentes las prevenciones del libro cuarto, título segundo, del Código Militar Francés, relativo á conspiradores y trastornadores del orden público. Por fin el 16 se pudo ya creer que la plaza sería atacada, y el Exmo. Sr. General D. Leonardo Márquez hizo la declaración de sitio propio del caso, aunque manifestándome que continuara en el ejercicio de la prefectura. El mismo día los enemigos lanzaron algunos tiros de cañón; pero esto duró un corto tiempo: ayer lo hicieron ya en mayor número, sin duda para reconocer el estado de la plaza, continuando así durante la noche y avistados por

ro cuya causa debe atribuirse al espíritu ilustrado del Soberano, á sus buenas intenciones y á la falsa idea que le hizo considerar á sus enemigos de aquel momento como los futuros partidarios del gobierno imperial. Este error fué el nombramiento de un ministerio liberal (a).

los cuatro vientos; de todo lo cual se mandó aviso por extraordinario al Exmo. Sr. General Bazaine; hoy á las seis de la mañana acometieron en número mayor de ocho mil hombres á las órdenes, según se sabe, de Uruga, Doblado, Negrete, Tapia, Iglesias, Berriozábal, Régules, Alvarez, Miranda, Caamaño y otros, de una manera tan violenta, denodada y tenaz por todo el ámbito de la ciudad,

[a] El Ministerio, considerado como liberal por el partido conservador, fué el siguiente: José Fernando Ramírez, Negocios Extranjeros y Marina; Pedro Escudero y Echanove, Justicia; Luis Robles Pezuela, Fomento; Juan de D. Peza, Guerra; José María Cortés Esparza, Gobernación; Manuel Siliceo, Instrucción Pública; M. de Castillo, Hacienda.

El Lic. Ignacio Alvarez, en su obra Estudios sobre la Historia General de México, t. VI, pág. 316, dice, refiriéndose al nombramiento de los cuatro primeros Ministros:

"Pues ya con estos nombramientos se vió que el Emperador hacía completa exclusión del partido conservador, entregándose en las manos del liberal moderado, que es el peor de cuantos círculos políticos puede haber. Formaba también parte del gabinete el Sr. Velázquez de León, cuya debilidad lo había hecho ya hacer traición á los sanos principios, prestándose á firmar el tratado secreto de Miramar."

El Lic. Alvarez asegura acerca del Sr. Siliceo, en particular, que se le habian sorprendido unas cartas, que demostraban su connivencia con D. Benito Juárez. [Nota de A. P.]

Los hombres que formaron ese gabinete, subieron al poder animados por pasiones políticas y aún por odios personales. Verdaderos enemigos del Imperio, si no del Emperador, conspiraron sobre las gradas del trono y prepararon la caída desde el primer día de su nombramiento.

que á las dos horas muchos pisaban ya la plaza; pero á la vez fué tan vigorosa, tan noble y tan entusiasta la resistencia de los defensores de ella y tan heroico el valor y denuesto de los jefes, siendo el primero el Exmo. Sr. General D. Leonardo Márquez, quien en persona hizo frente á la impetuosa multitud, y muy dignos de elogio los Sres. Generales Montenegro y Gutiérrez y otros, que no menciono por no tener tiempo, que en un instante fueron arrojados, dejando muchos muertos y heridos, prisioneros en número considerable, y algunos que voluntariamente se pasaron á nuestras filas, victoreando el orden. Igualmente corrieron los que atacaban por los demás puntos sin haber penetrado á la plaza, de manera que en dos horas se obtuvo un triunfo espléndido, en que además se quitaron al enemigo algunas piezas de montaña de 22 que tenía de esa clase, unidas á 3 baterías de grueso calibre situadas al Poniente, Sur y Norte, y con las que protegió su violento ataque en gruesas columnas. Desde esa hora hasta las dos de la tarde, se continuó un fuego sordo y lento, y á dicha hora se retiraron los enemigos.

"Ahora que son las siete de la noche aun no se acaba de levantar el campo, y por lo mismo no es posible decir con exactitud el número de muertos, heridos y prisioneros hechos al enemigo, ni de las armas recogidas; y solo sé que son muchos, estando de los prisioneros ciento y tantos en la cárcel de orden del Exmo. Sr. General Márquez. De parte de los defensores de la plaza tenemos que lamentar la pérdida de algunos oficiales y de poca tropa.

"Según noticia de los exploradores, los enemigos van en

Por eso vimos después que, cuando el ilustre descendiente de los Hapsburgos se lanzó sin titubear en medio de peligros inmensos, los que le habían perdido, abandonaron á México, junto con los bagajes del ejército francés.

El gobierno, encontrándose en manos de los enemigos del Emperador, comenzó á dictar medidas políticas, cuya consecuencia debía ser el derrocamiento del trono. Alejado Maximiliano de sus verdaderos amigos, todavía faltaba privarle del apoyo de las fuerzas regulares que, como la opinión pública, sirven para el sostenimiento de todos los gobiernos del mundo.

completa fuga tirando las armas por las haciendas del tránsito, y se dice que fué muerto el General Iglesias y herido Uruga, Tapia y Berriozábal.

“En medio de tan glorioso triunfo, tenemos el dolor de que el Exmo. Sr. General D. Leonardo Márquez, después de haber arrojado de la plaza á los invasores y estando en la azotea de su casa en observación, recibió una herida de bala de fusil en el carrillo derecho, calificada de grave y no mortal.

“Para la defensa hubo que erogar algunos gastos de importancia en pólvora, plomo, cápsulas, exploradores, virogas, etc., de lo cual daré cuenta al Ministerio respectivo para su aprobación, supuesta la necesidad que lo exigía y el objeto de su destino.

“Ya mandé extraordinario de las ocurrencias habidas hoy, y también lo hizo el Exmo. Sr. General Bazaine; y ahora lo comunico á V. S. para su conocimiento y justa satisfacción de la República del Imperio.—El prefecto político, General JOSÉ DE UGARTE.—Señor Subsecretario del Estado y del Despacho de Gobernación.—México.”

—[Nota de A. P.]

El pequeño ejército imperial, compuesto de tropas conservadoras que habían combatido al gobierno de Juárez antes de la Intervención, necesitaba una reforma juiciosa. Fué destruido hasta donde las circunstancias lo permitieron. Un empleado civil, D. Juan Peza, sin más antecedentes que los de haber sido infiel á todos los gobiernos anteriores, vendiendo los secretos del gabinete que se le confiaban como empleado de una de las secretarías de Estado, sin talentos políticos, militares ó administrativos, sin méritos y sin conocimientos de ninguna clase, había sido nombrado Ministro de la Guerra. Parapetado con su categoría, se empeñó en satisfacer sus pasiones y sobre todo en ejercer venganzas personales y mezquinas (a). Una de las primeras medidas tomadas por este ministro improvisado fué enviar al exterior, con pretextos ridículos de misiones que debían desempeñar, á los generales Miramón y Márquez (b).

[a] Para valorar este desahogo del autor, hay que tener en cuenta que en 1865 fué acusado de faltas de respeto al Ministro de la Guerra D. Juan de Dios Peza y de haber presentado documentos falsos para sufrir la clasificación militar. El acusado fué absuelto por unanimidad del cargo de presentación de documentos falsos, á la vez que sentenciado á tres años de simple prisión en una fortaleza, la cual pena conmutó el general Peza en deportación á Yucatán y de la que á poco le indultó Maximiliano. [Nota de A. P.]

[b] Tan ridículas y fútiles eran juzgadas por el público las misiones que iban á desempeñar, Miramón en Berlin y Márquez en Turquía, que *La Orquesta* del 14 de Ene-

La lealtad y el valor con los cuales el primero de esos generales, ex-presidente de la República, terminó su carrera política, sacrificando su vida, proclaman bastante alto cuán injusta fué la desconfianza de que fué víctima en el momento en que resolvió reconocer el Imperio. Sin embargo, se podía con algún fundamento, no creer que fuese enteramente adicto al nuevo orden de cosas, puesto que no había servido á la *Interven-*

ro de 1865 publicó una caricatura á este respecto, muy celebrada. Los dos generales famosos aparecen de traje talar, cada uno con su vara de San José, en peregrinación. Miramón va adelante asiendo con la derecha una pauta en que se lee: A. B. C. D. F., etc., y atrás camina Márquez. Al pie de la caricatura hay este verso:

*Van en peregrinación
Dos ilustres Señorones;
Uno en busca de instrucción
Y el otro con instrucciones.*

Según el general Márquez, la orden que se le dió para ir á Turquía, no podía dejar en él la menor impresión de desagrado; al contrario, consideró muy honrosa su misión cerca del Gran Sultán, para interpretar lo más exactamente posible el magnífico pensamiento de Maximiliano: que era cumplir con el deber, como nación católica que era México, de mandar un alto funcionario que la representara.

El agraciado desplegó *tan fino tacto diplomático* cerca de la Sublime Puerta que Maximiliano le llamó el diplomático mexicano más activo; el Gran Sultán le condecoró con el Gran Cordón de la Orden Imperial Turca del Medjidié, y el Patriarca de Jerusalem con la Gran Cruz del Santo Sepulcro. [Nota de A. P.]

ción. Pero dudar de Márquez y añadir á la inconsecuencia, la ironía de confiarle una misión en Oriente, especialmente relativa á los *Santos Lugares*, era herir á la *hienda* de una manera tan imprudente como cruel y peligrosa; era privar al Imperio y á la Intervención del soldado más adicto al uno y á la otra por hechos conocidos; era aniquilar á un hombre á quien los compromisos, las antiguas opiniones y los servicios prestados designaban naturalmente como la primera espada del régimen imperial. Los funestos consejeros de Maximiliano le persuadieron de que esos destieiros simulados eran indispensables para la salvación de México; por consiguiente, los hechos posteriores fueron acaeciendo en conformidad con los deseos de una camarilla de conspiradores, enemigos de las instituciones monárquicas, que no eran otros sino los mismos ministros.

Miramón y Márquez salieron de su patria. No debían volver más á ella, el primero, sino para sellar con su sangre su fidelidad al Emperador; el segundo, para satisfacer la más baja y más cruel de las venganzas, traicionando á Maximiliano y regocijándose al verle sacrificar.

IV

Decadencia del Imperio.—Miramón y Márquez vuelven á su patria.—Situación é influjo de los dos generales.

Los buenos tiempos del Imperio pasaron rápidamente. El gabinete que había minado el trono fué despedido por el Soberano. Reconociendo, pero demasiado tarde, el error que había cometido, Maximiliano llamó al fin á su lado á sus verdaderos amigos y á sus sinceros partidarios con el objeto de salir con ellos de la situación más difícil y peligrosa.

En ese momento, el ejército francés se concentraba ya. Los republicanos ocupaban sucesivamente, sin ningún esfuerzo, los lugares más importantes del país, abandonados por el cuerpo expedicionario ó por las pequeñas guarniciones imperiales mexicanas, demasiado débiles para mantenerse en ellos. Entonces es cuando el valiente general Miramón, llevado por su fatal destino, dejó la Europa, llegó á México y ofreció su leal espada al Emperador. Márquez, llamado por el gobierno, volvió á México en compañía del que debía ser una de las víctimas de su futura venganza.

Al presentarse en Orizaba, los dos generales ocupaban ostensiblemente iguales posiciones; pero su influjo en el carácter de Maximiliano y

sobre la mente de sus ministros estaba lejos de ser el mismo. Al primero se le aceptaba, porque las circunstancias exigían el apoyo poderoso de su prestigio militar y de su valor heroico en los campos de batalla. Al segundo se le consideraba como el hombre de la situación y como el más leal defensor del vacilante Imperio. Esta última opinión estaba fundada sobre la constancia con la cual Márquez había sostenido durante toda la guerra civil los principios conservadores. Estos precedentes decidieron á Maximiliano á encargarse á Miramón de la campaña del interior y á darle el mando de los departamentos que se extienden desde Jalisco hasta Sonora, mientras que Márquez recibió el mando de los de Guanajuato, Querétaro y México, así como de las provincias situadas al oriente de la capital. Márquez fué nombrado al mismo tiempo consejero privado para todos los asuntos relativos á la guerra, y el Emperador le retuvo á su lado durante varios días en Orizaba. El hombre vengativo había llegado al fin al lugar que ambicionaba para satisfacer su sed de venganza, y para traicionar impunemente á su Soberano, su patria, sus amigos y el ejército.

V

Retrato del general Márquez.—Sus sanguinarios antecedentes.—Asesinatos de Tacubaya.—Asesinato de Ocampo.—Fusilamiento de Valle.—Su deslealtad.

Para comprender bien la larga serie de hechos que constituyeron la venganza y la traición del general Márquez, es preciso conocer primero á este hombre funesto y recordar algunos de los rasgos más pronunciados de su carácter, excepcionalmente cruel y sanguinario.

Márquez, el hombre de dos caras, ha llegado á la edad en que comienza la vejez: de corta estatura, mal proporcionado, sin aire militar; posee, sin embargo, toda la vivacidad y toda la actividad que comunica al cuerpo una alma atormentada por fuertes pasiones. Su fisonomía es repugnante, su mirada inquieta y escrutadora. Su cráneo ofrece notables depresiones en los puntos que se consideran como sitio ordinario de la bondad, de la generosidad, y un gran desarrollo en los lugares adonde se localizan el odio y la audacia. Egoísta, avaro y vengativo, es al mismo tiempo enérgico, resuelto y valiente hasta la temeridad. Militar por vocación, con más práctica que ciencia, amante del peligro, que ve con desprecio, profesa un grande respeto por el espíritu de subordinación y

de resignación. Sin valor moral, siempre elude toda responsabilidad que pueda amenazarle, para hacerla recaer sobre sus inferiores. Alaba las ideas del que manda, trata á sus subordinados con dureza y exige de ellos un respeto á la disciplina tan severo como humillante. Irascible y chancero, grosero ó afable, según le inspiren su temperamento ó su carácter, se le teme ó se le aborrece; pero nunca se le ha amado.

Durante la guerra civil conquistó una triste celebridad sacrificando un gran número de sus enemigos políticos. El 11 de Abril de 1859 fué cuando hizo comprender á su patria, por la primera vez, de cuanto era capaz si se trataba de derramar sangre.

Después de haber obtenido ese día la victoria en Tacubaya sobre el ejército liberal de Degollado, obtuvo del presidente Miramón la orden para fusilar á los soldados del gobierno que se habían pasado al enemigo; pero abusó de esa orden, de tal modo que hizo asesinar en las tinieblas de la noche, sin forma alguna de proceso y aun sin verificar la identidad de las personas, á militares, á ciudadanos, de los cuales muchos eran médicos, y aún hasta niños. Desde entonces fué apellidado el *Leopardo*, por alusión á su nombre de Leonardo y á sus instintos feroces (a).

[a] D. Francisco Zarco en una hoja suelta que publicó en Abril de 1859 hace esta revelación:

“Los cincuenta y tres cadáveres quedaron amontonados unos sobre otros, insepultos y enteramente desnudos, porque los soldados los despojaron de cuanto tenían y de

Cuando Miramón se disponía á salir para recibir la muerte en el cerro de las Campanas, escribió á su defensor, el licenciado Jáuregui, una carta de adiós, en la cual se encuentra confirmada y condenada la infamia de las horribles ejecuciones de Tacubaya. Hé aquí textualmente los términos en los cuales esta ilustre víctima dirige su adiós al mundo, á la hora en que las pasiones se apagan ante la eternidad, que arroja sobre Márquez el anatema por la sangre con que había manchado sus manos y su frente:

“Quiero hablar á Vmd. de Tacubaya, escribía Miramón en su prisión de las Capuchinas. Verá Vmd. tal vez una orden de ejecución firmada por mí. Esta orden era sólo aplicable á mis oficiales; pero de ningún modo á los médicos y aún menos á los simples ciudadanos. En el momento en que me dispongo á comparecer ante Dios, le hago á usted esta declaración (1).”

El gobierno de Miramón cayó en diciembre paso saquearon algunas casas. Las madres, las esposas, los hermanos, los hijos de las víctimas, acudieron al lugar del trágico acontecimiento, reclamaron á sus deudos para enterrarlos, y se les negó este último y tristísimo consuelo.

“A los dos días, los cadáveres fueron echados en carretas que los condujeron á una barranca, donde se les arrojó y donde permanecen insepultos.

(1) Esta carta, fechada el 16 de Junio, día señalado para la ejecución de Maximiliano y de Miramón, fué impresa y publicada en Querétaro con la defensa que el licenciado Jáuregui presentó á favor de ese general ante el consejo de guerra.

de 1860. Márquez continuó combatiendo al gobierno de Juárez bajo las órdenes del general Zuloaga, á quien reconocía como presidente. El licenciado D. Melchor Ocampo había sido ministro de Juárez, cuando se publicaron las leyes de Reforma. Liberal de buena fé, de convicciones profundas, hombre honrado y de grandes talentos, se había separado del ministerio tan luego como había triunfado su partido, y vivía retirado de la política en su hacienda de Pomoca, adonde se ocupaba en hacer prosperar su modesta fortuna. Márquez envió en 1861 un piquete de tropas para aprehenderle en su propia casa, como se hizo en efecto. Tan luego como le tuvo en su poder, pidió al general Zuloaga la orden para fusilarle. La orden le fué rehusada. Entonces Márquez recurrió á una verdadera infamia, que hizo más odioso aún el asesinato del ilustre mexicano. Ocampo, en efecto, pudo haber sido fatal á su patria por la exageración de sus ideas políticas, pero sus cualidades elevadas le hacían digno de respeto.

Su aprehensión había tenido lugar casi al mismo tiempo que la del guerrillero Ugalde, famoso

“En el camino un cadáver cayó de la carreta, se rompió el cráneo contra las piedras y abrió la boca. . . . Entonces un oficial le disparó un pistoletazo.

“Márquez colocó entre sus sicarios á los heridos, para que sus ayes y sus clamores recordaran al pueblo que el triunfador era hombre sin entrañas, era la hiena, el tigre, el antropófago de Tacubaya!” [Nota de A. P.]

bandido que deshonró aún la misma bandera bajo la cual pretendía combatir.

Zuloaga consintió en que se fusilara á este faccioso, y dió á Márquez las órdenes necesarias. Cuando el hombre sanguinario estuvo ya autorizado para pasar por las armas al bandido Ugalde, previno á la guardia que vigilaba á Ocampo *que, cuando uno de sus oficiales de órdenes fuese á dar aviso para fusilar al prisionero, al ex-ministro de Juárez era á quien debían ejecutar* (a). Así fué asesinado un hombre tan notable por sus talentos como por la energía de su carácter. Satisfechos

[a] En una entrevista que tuve con el general Félix Zuloaga sobre esta tragedia acaecida cerca de Tepeji del Río, en la hacienda de Caltengo, me dijo lo que copio á continuación al pie de la letra:—“Márquez se separó de la casa en que estábamos, casa del comerciante Piedad Trejo, y ordenó al coronel Andrade, jefe de su estado mayor, que dijera á Taboada que por orden mía fusilara al prisionero. Leía yo todavía sentado á la mesa la correspondencia de Juárez, que se le había recogido á Ugalde, cuando llegó Andrade y avisó á Márquez que estaba cumplida la orden: que el preso estaba fusilado.

—Pero ¿qué preso?—preguntó con hipocresía Márquez.

—Pues . . . el señor Ocampo—respondió Andrade.

Me levanté indignado; mandé llamar á Taboada y ordené que Andrade y él fueran inmediatamente encausados; lo cual no se verificó, por el señor Márquez: y esto me confirmó en la idea de que la llamada equivocación era de acuerdo con él.”

Para más detalles véase el tomo II de las obras completas de Melchor Ocampo, páginas CXIV y CXV. [*Nata de A. P.*]

los instintos feroces de Márquez, éste se disculpó con Zuloaga, haciendo pasar la muerte de Ocampo, como un error fatal cometido por aquellos á quienes él había transmitido la orden relativa al guerrillero Ugalde (1).

Juárez envió nuevas tropas para perseguir al asesino de Ocampo, bajo el mando de Valle. Las fuerzas de Márquez, muy superiores en número, pusieron en fuga á las del joven general republicano, que combatió heroicamente antes de sucumbir. Dispersados los juaristas, Valle fué he-

(1) A la buena amistad del general Zuloaga debemos los detalles horribles de este crimen, del cual nos ha hablado aún en el mes de Febrero de este año, durante nuestra permanencia en la Habana.

El hecho siguiente que tuvo lugar en presencia nuestra, no carece de interés. En 1864, de tránsito varias veces por la hacienda de Ocampo en compañía de Márquez, el asesino saboreaba aún con placer la sangre de su víctima, después de haber trascurrido varios años. Cada vez que pasaba por la hacienda de Pomoca, se detenía para almorzar ó pasar la noche, y dormía en el cuarto de Ocampo!!! [a]

[a] En el año de 1901 estuve en la hacienda de Pateo, que fué de la propiedad de D. Melchor Ocampo, y su administrador, Manuel M. Aranzubia, capitán á las órdenes del general Márquez en tiempo del Imperio, me refirió que éste sentía cierto placer indefinible en hospedarse en la hacienda, donde llegó á dormir en la misma recámara de su víctima, la cual recámara hasta entonces se conservaba tal cual la había dejado el gran reformador. Y más aún, me contaba el Sr. Aranzubia, que acababa de ofrecerle el general Márquez que iría á la hacienda á pasar una larga temporada.

El general Márquez manifestó alguna vez, al tratarse de este punto:

—En las haciendas de D. Gerónimo Elizondo y D. Mateo Echaiz, cercanas á la del señor Ocampo, si solía yo per-

cho prisionero por la caballería que perseguía á sus soldados y traído en presencia de Márquez. Este dió orden de fusilarle inmediatamente sin consideración alguna á su valor, ni á los principios del derecho de gentes (1).

Tales son los asesinatos más notables cometidos por el traidor en el espacio de algunos meses, y en una de las épocas en que ha hecho un papel importante en la guerra civil.

A esos asesinatos es preciso añadir los que ha

noctar, porque estos señores, que eran buenos liberales, fueron muy amigos míos. Y lo eran tanto, que si ahora vieran, allá estaría con ellos. Considérese que D. Gerónimo me llevó á matricular cuando iba yo á estudiar para abogado: porque yo iba á ser abogado; pero vino la guerra y ya fui militar. El señor Elizondo era la visita más constante en mi casa.

—Este señor Elizondo—preguntósele—¿fué el mismo que escribió á usted, de Maravatio, luego de haber sido aprehendido Ocampo, para que usted le salvara la vida?

Y el general Márquez contestó, como recuperando más vida y tomando más interés:

—Su carta no la recibí; pero si yo la hubiera recibido, créaseme, el señor Ocampo no hubiera sido fusilado; lo hubiera yo salvado de cualquiera manera y yo en persona hubiese ido con él y se lo hubiera entregado al señor Elizondo. [*Nota de A. P.*]

(1) No debemos pasar en silencio un rasgo notable de la sangre fría de Valle. Cuando se le avisó que iba á ser fusilado en el campo de batalla, dijo á un ayudante:

—¿Quién me ha mandado fusilar?

—El general Márquez—respondió el oficial.

—Hace bien, dijo Valle.—La misma suerte le hubiera cabido si hubiese caído en mi poder.

Algunos minutos después el joven general republicano moría con mucho valor á los veintiocho años no cumplidos.

cometido de gentes de menor importancia política ó militar, y los que ejecutó él mismo, cuando era aún subalterno.

A propósito de su fidelidad á los hombres del poder, citaremos un hecho aislado bastante elocuente por sí sólo. Miramón le recomendó al gobierno para que se le diesen las funciones de general de brigada efectivo, y más tarde le concedió el grado de general de división. A pesar de que esos actos debieron haber despertado en él sentimientos de gratitud hacia el joven presidente, á quien debía haber ascendido á la más elevada gerarquía militar, Márquez quiso rebelarse contra su bienhechor en el momento en que la administración de éste era combatida con mayor fuerza por las tropas liberales. Después contaremos estos últimos actos, apoyándolos con el testimonio mismo del general Miramón (1).

(1) Véase el Capítulo VII.

Promesas hechas por Márquez á Miramón al abrirse la campaña del interior.—Derrota de San Jacinto.—Pedidos que hizo Miramón para reparar ese desastre.—Rasgo principal del carácter de Maximiliano.—Consecuencias de él.—Márquez aprovecha la derrota de San Jacinto para activar su venganza.—El Ministerio se opone á la partida de Maximiliano para Querétaro.—Márquez engaña al Emperador sobre los elementos necesarios para hacer la campaña.—Engaña también al ministerio sobre la situación militar de los republicanos.

La relación que contienen estas páginas ligeros, así preparada, es tiempo de que sigamos la traición en todas sus maquinaciones las más secretas para confundirla con la publicación de pruebas auténticas y concluyentes.

Maximiliano había resuelto quedarse en Orizaba hasta el mes de febrero de 1867; Márquez se fué á México en diciembre del año anterior. Poco tiempo después de su llegada á la capital, Miramón salía de ella sin más fuerzas que 400 hombres y dos piezas de campaña, para tomar el mando de las diversas tropas que se concentraban en el interior del país, después de haber abandonado

do las importantes plazas del oeste y del norte, Márquez prometió á Miramón enviarle prontamente los auxilios de que pudiese necesitar, pero nunca cumplió su promesa.

El Imperio se venía abajo con una rapidez espantosa; las tropas eran presa de la miseria y de la demoralización, consecuencias de varias retiradas inoportunas y de la deserción que sin cesar disminuía sus filas. En tan penosas circunstancias, Miramón se propuso suplir, con el prestigio de su nombre y con su audacia, los elementos que le faltaban. Con ese objeto emprendió la campaña perfectamente combinada de Zacatecas, y tomó á viva fuerza la plaza de este nombre. El general Castillo al frente de una división compuesta de infantería, de caballería y de artillería, debía ocupar simultáneamente á San Luis Potosí; pero no pudo concentrar un solo paso, y las tropas republicanas se concentraron sobre Zacatecas, adonde Miramón tuvo que retirarse, en presencia de la inmensa superioridad numérica del enemigo. La derrota de San Jacinto, resultado de esta retirada forzosa, tuvo lugar el 1.º de febrero de 1867.

Mientras que estos acontecimientos desgraciados sucedían, Maximiliano se trasladaba de Orizaba á México, la cual abandonaba entonces el mariscal Bazaine con los últimos cuerpos franceses que debían evacuar el país.

Al volver á Querétaro, después de su derrota, Miramón pidió á México que se le enviase una brigada y que se diese orden á Méndez de unirse á él con las tropas de Michoacán. Contaba reunir

así 8,000 hombres, con los cuales habría tomado la iniciativa y salvado el Imperio en breve tiempo.

Uno de los rasgos característicos de Maximiliano era la desconfianza de sus propias opiniones y la docilidad, así como la buena fé con la cual adoptaba las inspiraciones de los otros, cuando las suponía hijas de la lealtad y del honor. Esta fué la causa de su ruina y lo que le precipitó de una situación favorable á las complicaciones de todo género en que se encontraron los negocios, cuando despidió á su primer ministerio, y lo que le condujo después al cerro de las Campanas. Durante este último período, la voluntad de Márquez fué omnipotente, y más de una vez, sus opiniones prevalecieron sobre las de Maximiliano y de sus generales, como se verá después (1).

La derrota de Miramón y los pedidos que hacía al gobierno para reparar el desastre, cuyo origen procedía de causas que su inteligencia militar no podía preveer, presentaron al funesto consejero del Emperador la ocasión de dar un gran paso en el camino de su venganza, inspirándole la idea de ir personalmente á ponerse al frente de las tropas que Miramón deseaba concentrar en Querétaro (2).

(1) Véanse los Capítulos X y XI.

(2) Durante el sitio de Querétaro, el Emperador declaró varias veces al general Miramón y á nosotros, al hablar de la traición de Márquez, á la cual no dábamos crédito, que éste le había indicado, como único medio de salvación, el tomar el mando del ejército.

Márquez pensaba que Maximiliano, alejado de la capital, expuesto á las eventualidades de la campaña, perecería sin duda en la primera derrota que sufriesen sus tropas, aun cuando las cosas no llegasen á esa fatal extremidad, empleando contra el Soberano el inmenso poder que le había confiado, y manteniéndole siempre bajo el influjo de sus pérfidos consejos.

El ministerio combatió la resolución inspirada á Maximiliano, como la más temeraria y la menos conveniente de las que debía tomar; pero le fué imposible poner obstáculos. El consejo de Márquez fué inmediatamente seguido. El Emperador se puso en marcha para Querétaro, á la cabeza de una columna compuesta de 1,200 hombres y de una batería de artillería de campaña. Fué varias veces atacado durante su viaje por las numerosas partidas de guerrilleros que abundaban en todas partes del país. Para decidir á Maximiliano á abandonar la capital con elementos tan insuficientes, como los que llevaba, Márquez le hizo creer que había organizado, antes de salir de México, la próxima salida de un convoy compuesto de tropas, de artillería, de municiones, dinero; en fin, de todo lo que es necesario para entrar seriamente en campaña.

Cuando Márquez vió á Maximiliano en Querétaro, es decir, en la orilla de la tumba, se apresuró á engañar al gobierno tratando de persuadir al ministerio de que la situación era buena, que el enemigo no estaba organizado ni en brigadas ni en divisiones, como le habían dicho al

Emperador, y que sus fuerzas se reducían á partidas de guerrilleros que ni siquiera reconocían á Juárez por centro comun, etc. Tal es, en efecto, el resumen de su carta confidencial al Presidente del Consejo de Ministros, Lares. En esa carta, fechada el 19 de febrero de 1867, exponía las pretendidas ventajas de este viaje temerario y funesto, diciendo á Lares: "No puede Vmd. figurarse, querido amigo, todas las ventajas que hemos obtenido con esta expedición del Emperador. Su Majestad ha podido ver personalmente *que no hay palabra de verdad sobre lo que se le ha dicho respecto de la situación del país.* Lo que presentaban al Emperador como otras tantas brigadas y divisiones del ejército juarista, obrando de concierto y obediendo á ese centro común, no se compone, su Majestad lo ha visto, sino de miserables partidas de malhechores que trabajan por su propia cuenta, que arruinan á las poblaciones sin reconocer centro alguno, y á quienes muy poco importa Benito Juárez. Lejos de estar unidas esas gentes, viven en completa anarquía, se hacen la guerra los unos á los otros, é incapaces de batirse, huyen al primer tiro de nuestras tropas, sea cual fuere el número."

En fin, combatiendo siempre las juiciosas observaciones del ministerio sobre la peligrosa empresa de Maximiliano, Márquez añadió:

"Hoy ha sido sin duda un gran día para el Emperador y para todos los que aman á nuestra patria, y esto, con tanta más razón, cuanto que se

había presentado á su Majestad que el porvenir sería de lo más sombrío." (1)

Las partidas de miserables malhechores pronto iban á salir á Querétaro y á México en número de 50.000 hombres. Ahora bien, Márquez lo sabía muy bien. He aquí por qué escribía esta carta que revela una traición calculada con antici-

(1) Márquez tuvo la audacia de publicar esta carta en el número 1º del *Boletín de Noticias*, diario de Querétaro [a].

[a] El *Boletín de Noticias*, que se publicó en la ciudad de Querétaro durante el sitio, no fué diario; veía la luz tres veces cada semana, sin perjuicio de los extraordinarios, cuando lo exigía la importancia de las noticias. El número valía seis centavos en la librería del señor Castro, calle del Hospital.

El objeto de esta publicación fué levantar el espíritu de las tropas imperialistas publicando noticias falsas en que el Imperio aparecía fuerte y victorioso por toda la República. El principal redactor era D. Manuel Ramírez de Arellano, quien no tenía escrúpulos en insertarlas, como ésta:

"En los momentos mismos en que el Exmo. Sr. general D. Miguel Miramón atacaba hoy el cerro de San Gregorio, y cuando ya había tomado con sus tropas las primeras posiciones del enemigo, recibió S. M. el Emperador noticias oficiales é indudables de la próxima llegada á esta plaza del Exmo. Sr. general D. Leonardo Márquez con el ejército de su mando, trasmitidas por el valiente y leal sargento de Cazadores Guadalupe Valencia, que aprovechó la ocasión de penetrar á nuestra línea con los pliegos de que era portador.

"El Soberano se trasladó en el acto de la Cruz á la plaza de San Francisco y mandó suspendiera inmediatamente su ataque el Exmo. Sr. general Miramón, por convenir así al plan de defensa de esta plaza.

"Lo que se comunica al ejército imperial para su conocimiento.—El Jefe de Estado Mayor general Severo del Castillo."—Véase el *Boletín de Noticias*, del sábado 4 de Mayo de 1867. [Nota de A. P.]

pación. Es, pues, lógico decir que se había dado un gran paso en la vía en que se deseaba encaminar al desgraciado Maximiliano para que sucumbiese. La víctima estaba ya en el lugar del sacrificio; no había ya sino escoger los medios de consumarlo.

VII

El general Márquez trata de sembrar la discordia entre el Emperador y Miramón. — Pretende privar al Emperador de la cooperación de este general. — Miramón se muestra ofendido por esa manera de obrar. — Maximiliano declara que Márquez es el jefe del ejército. — Contestaciones desagradables ocasionadas por este incidente entre Maximiliano y Miramón. — Nuevos ataques contra este general.

Márquez, explotando la mala impresión que había causado á Maximiliano el desastre sufrido por Miramón, se aplicó sin tregua á inspirar al Emperador una desconfianza profunda hacia el general, cuya espada podía, mejor que la de cualquier otro, salvar al Imperio de los peligros que le amenazaban. El traidor quería aniquilar el único apoyo poderoso que quedaba al trono en ese momento supremo. Con ese objeto, obtuvo que el Emperador expidiese en San Juan del Río, á doce leguas de Querétaro, una orden del

día, fechada el 17 de febrero, organizando el ejército que iba á concentrarse en esa plaza. Por esa nueva organización, Márquez se daba el doble carácter de jefe del Estado Mayor General y de comandante en jefe del segundo cuerpo, dejando al mismo tiempo á Miramón sin tropas, pues las que este general tenía, pasaban á las órdenes de Márquez y de Mejía.

Grande fué el descontento de Miramón cuando supo la situación que se le reservaba, aunque entonces ignoraba el verdadero y secreto objeto que se proponían obtener con un proceder tan extraño como contrario á la lógica, al buen sentido y á la justicia. Esta distribución deplorable de los mandos del ejército, aconsejada por Márquez, ofrecía tantos inconvenientes que, poco tiempo después, fué necesario modificarla de tal modo que no le quedó sino el nombramiento de jefe del Estado Mayor. Esta posición le era necesaria para alcanzar el resultado que buscaba.

Maximiliano, deseando que la voz del traidor tuviese aún más fuerza y prestigio que la que le daban ya sus importantes funciones cerca de él, que era el jefe del ejército, declaró en una conferencia que tuvo lugar el 22 de febrero y en cuyo seno se discutió el plan de campaña, que el general Márquez mandaba las tropas; que el Emperador no era soldado sino marino. Miramón sintió un vivo despecho al saber que se subordinaba á Márquez. Su dignidad y su amor propio quedaron cruelmente heridos. Dirigió inmediatamente al Emperador una carta, en la cual le decía que por

fidelidad á su persona y por patriotismo, tomaría parte en la primera batalla que se diera á las tropas republicanas; pero que después de esa batalla pedía ser relevado desde luego del mando del cuerpo de ejército de infantería, pues sus antecedentes y su dignidad no le permitían servir á las órdenes de Márquez.

Maximiliano contestó á la carta de Miramón, que el general Márquez merecía su confianza en calidad de jefe del Estado Mayor; como él, Miramón la merecía para el importante mando que le había confiado. El Emperador terminaba recomendando al valiente general diese en lo futuro más pruebas de subordinación, y adquirir así motivos para obtener nuevas distinciones.

Una segunda carta dirigida por Miramón al Emperador puso término á este incidente. Los párrafos siguientes harán comprender bastante lo que se ha dicho sobre este punto.

“Tal vez mi carta anterior no ha sido interpretada en el verdadero sentido que quise dar á mi pensamiento, y por esta razón me interesa explicarla nuevamente á vuestra Majestad.

“Decía que, desde el momento en que el general Márquez ha sido designado para ejercer el mando del ejército, no podía quedar bajo sus órdenes; y que únicamente por fidelidad á vuestra Majestad, conservaría el mando del cuerpo de infantería para tomar parte en la primera batalla.

“Las graves razones que tengo para obrar así, son tan públicas, que me parecía inútil indicarlas; pero deseoso de que no se me acuse de insubor-

dinado, cuando soy el primero en obedecer, me encuentro en la necesidad de exponerlas á vuestra Majestad (1).

“El general Márquez ha sido hecho general de brigada por recomendación mía. Después, siendo yo jefe del Estado, aproveché la primera ocasión que se me presentó para elevarle al rango supremo del ejército. Este general, en cambio de esa conducta, atentó proclamar presidente al general Santa-Anna, desconociendo el poder que yo tenía y obligándome á ir personalmente á la capital del Estado de Jalisco, para destituirle y para hacerle volver á México, adonde le hice someter á un juicio.

“El general Márquez, habiendo estado siempre á mis órdenes, nunca podré considerarle como mi superior. Preferiría retirarme á la vida privada, más bien que recibir un golpe tan duro, que heriría mortalmente mi dignidad, mi amor propio, y estaría en oposición con todos mis antecedentes.

“Vuestra Majestad me dice que ese general ha merecido su confianza en calidad de jefe del Estado Mayor, como yo la he merecido en el importante mando que me ha sido dado. Si es así, nada

(1) Esta carta y la primera que Miramón dirigió á Maximiliano, fueron de nuestra redacción; el borrador fué encontrado entre los papeles que perdimos en Querétaro; los redactores del periódico *La Orquesta*, de México, la publicaron como documento histórico en el número 3 de la tercera época.

tengo que añadir; el jefe del Estado Mayor no es superior mío, sino simplemente el intermedio por el cual recibo las órdenes de vuestra Majestad.

“Semejante prueba de confianza en nada me lastima; pero no ha sido lo mismo cuando he oído de la boca misma de vuestra Majestad, que el general Márquez era el general en jefe del ejército.”

Las relaciones del Soberano y del primero de sus generales, habiendo llegado á esa extremidad crítica, Márquez continuó excitando en el espíritu de Maximiliano la desconfianza á Miramón.

Entre mil pruebas de las bajas intrigas que fueron urdidas por el vengativo jefe del Estado Mayor, me bastará citar una sola.

Por orden del general Márquez, Arellano organizó el ejército conforme á la orden del día, del 1º de Marzo de 1867. Esta organización terminada, el fatal consejero del Emperador dió curso á una resolución de Maximiliano, que fué comunicada á los cuerpos y que no era otra sino la más solemne desaprobación de la conducta de Miramón, desde la apertura de la campaña. El ejército se admiró al ver tal medida; pero el general que así se hería, devoró en silencio la humillación impuesta á su amor propio y á esa fidelidad que iba á conducirle al suplicio.

Márquez se mostró infatigable en el cumplimiento de su ingrata tarea. La constancia, la actividad, con las cuales la llevó á cabo, demuestran á la par una vasta capacidad para el mal,

una profunda sagacidad y un corazón extraordinariamente pervertido.

Habiendo así logrado sembrar la zizaña entre el Soberano y el más fiel de sus servidores, Márquez continuó la persecución del objeto oculto que deseaba alcanzar por todas las vías posibles. Después se verá que también capitaneaba otras intrigas, además de las que hemos revelado y que ellas eran aún más eficaces para el triunfo completo de sus pasiones, tan monstruosas como sanguinarias.

VIII

Solicitud presentada por el comandante general de la artillería para comenzar la campaña.—Fuerza del ejército imperial y falta de los elementos necesarios.—Fortificación de Querétaro.—Márquez deja al ejército indefenso y prepara la derrota.

Tan luego como Arellano supo, por los informes del comandante del parque, que el general Márquez no había traído de México, ni municiones, ni cápsulas de guerra, ni estopillas fulminantes, ni nada, en fin, de lo que se necesitaba absolutamente para entrar en campaña, se dirigió al jefe del Estado Mayor y le hizo notar la falta que se había cometido, abandonando antes de proveerse, á la capital, donde había todos los útiles de gue-